

no podían ménos de admirar las proezas que los compañeros de armas con quien iban á batirse habian ejecutado, y tambien alcanzó á ellos el prestigio de Hernan Cortés; tanto fué así, que ya con Sandoval se fueron ocho desertores de las filas de Pánfilo de Narvaez, y al marcharse Velazquez de Leon y el padre Olmedo los siguieron diez más, aunque á cierta distancia, para que no les impidieran la desercion.

Tales fueron las quejas de las tropas que capitaneaba Pánfilo de Narvaez que resolvió al fin enviar un emisario para excusar la falta de cortesía que habia cometido no queriendo escuchar las proposiciones de Hernan Cortés, y para suplicarle que las manifestara á su enviado.

El elegido para esta mision fué Andrés del Duero, secretario de Diego de Velazquez, y al mismo tiempo uno de los que ménos odio profesaban á Hernan Cortés.

CAPITULO LXXIV.

Los malos instintos.



En los pocos dias que habian trascurrido desde la llegada á Zempoala de Pánfilo de Narvaez, hasta el momento en que se vió obligado á enviar un emisario á Hernan Cortés, las circunstancias habian introducido una profunda alteracion en el modo de ser del generoso paladin de la felicidad de la esposa de Hernan Cortés.

A pesar de su distinguido linaje, no habia podido ni aun soñar que apénas llegase á Santiago de Cuba el gobernador de la isla le confiase el mando de un ejército numeroso y la mision de combatir á un hombre tan formidable.

La verdad era que habia trabajado mucho para conseguir este resultado.

Pero la condicion humana es tal, que cuando nos anima el deseo de obtener una cosa, ofrecemos por alcanzarla los mayores sacrificios, y cuando la obtenemos nos olvidamos fácilmente de las promesas hechas.

Iñigo, el oficioso servidor à quien ya conocen nuestros lectores, influyó poderosamente en el ánimo de Pánfilo de Narvaez, porque habia llegado á conocer sus flacos.

Si la influencia de su criado no hubiera sido tanta, habria bastado la del capitán Salvatierra para variar su modo de pensar.

Es necesario, se decian unos á otros, llevar á cabo la empresa que aquí nos ha traído.

Hernan Cortés tiene catequizado á su ejército; pero no importa.

Venimos en mayor número; nuestros soldados no están fatigados como los suyos, y la victoria es segura.

—¡Qué gloria para vos, añadía Salvatierra, si venceis á ese hombre que tan formidable se presenta á nosotros!

¡Qué gloria para vos, si conservando su conquista, la consolidais y la extendéis!

Pensad en el triunfo que os tributaria España á vuestra vuelta.

Pensad en los favores que obtendriais del rey despues de poner á sus plantas aquellos ricos tesoros.

Porque lo de ménos es satisfacer las mezquinas pasiones de Diego de Velazquez.

No es el deseo de vengarle el que debe animaros, sino el deseo de eclipsar las hazañas de Hernan Cortés, de reñir batallas con los indios como las que él ha reñido, dominar todo este vasto territorio, y una vez hecho esto, nada más fácil al regresar que verse impelidas las embarcaciones por vientos que nos conduzcan directamente á España.

Y ¡qué diablo! si se enfada Velazquez, que se enfade.

El tendrá buen cuidado de no castigar, de no ponerse en pugna con vos, porque disfrutareis del favor del rey, y no le necesitareis para conservar vuestro puesto.

Todas estas indicaciones halagaban á Pánfilo de Narvaez.

Las maravillas que contaban del imperio de México Guevara, el padre Olmedo, Velazquez de Leon, los mismos indios zempoales, debian estimularle á desear ser dueño de aquel espléndido país.

En su meditacion iba más lejos Pánfilo de Narvaez.

La verdad era que el interes que le habia movido à ofrecer á Catalina una reconciliacion con su esposo, habia sido más hijo del despecho que del deseo.

Catalina habia inspirado á Pánfilo de Narvaez un amor vehemente.

En las conversaciones que habia tenido con ella habia profundizado su corazon, hallando en él tesoros de felicidad.

La distancia aumentaba aquellos encantos.

En muchas ocasiones se escapaban suspiros de sus labios, suspiros que revelaban el profundo sentimiento que sentia su alma al ver que no podia ser dueño del único tesoro que habia deseado en el mundo.

La imaginacion, esa inseparable compañera del hombre, esa consejera interesada, le decia á menudo:

—Las circunstancias te colocan en una posicion envidiable.

Todos los sueños pueden realizarse.

Estás al frente de un numeroso ejército.

Un país rico, poderoso, inmenso, civilizado, te brinda con la gloria de la conquista.

El único enemigo que tienes es el que te roba la felicidad que hubieras podido disfrutar.

Cumple con tu deber, lucha; él se defenderá hasta el último extremo, perecerá en la lucha, y podrás heredar á un mismo tiempo su gloria y su ventura.

Inclinábase Pánfilo de Narvaez á obedecer á su imaginacion; pero no se le ocultaba que algunos de los capitanes, que no pocos de los soldados que estaban á sus órdenes, sentian más deseos de acompañar á los españoles á sus conquistas, de confraternizar con ellos, que el de luchar para satisfacer la mezquina venganza de Diego de Velazquez.

Cuando el hombre acaricia una idea; cuando esta idea se aparece á sus ojos con todos los encantos de la ilusion; cuando consigue fascinarlo; cuando por medio de la fascinacion se apasiona, el hombre, por honrado, por virtuoso, por noble que sea, está ya á un paso del envilecimiento.

Pánfilo de Narvaez, que hubiera castigado al que se hubiera atrevido á suponer en él planes indignos de un caballero, al sentir que le faltaban fuerzas, al comprender que no todos los

elementos con que contaba le eran favorables, pidió á la astucia lo que no se atrevia á esperar por completo de la fuerza.

Después de haber apurado todos los medios para atraer á su partido á Velazquez de Leon, convencido, en vista de la negativa de aquel generoso amigo de Hernan Cortés; convencido, repetimos, de lo inútiles que serian cuantos esfuerzos hiciera para apartar de su lado á los demas capitanes y soldados que militaban en sus filas; dominado ya por las ideas que le sugería su imaginacion; cediendo á la presión que ejercía sobre él la opinion de los soldados y de los capitanes con quienes contaba, envió á Andrés del Duero, encargándole muy particularmente que si eran en efecto verdaderos los deseos que Hernan Cortés manifestaba por la paz, celebrase una entrevista con él para ver si lograban entenderse.

Andrés del Duero, nuestros lectores lo recordarán, estaba interesado por Hernan Cortés.

El habia sido quien valiéndose de la influencia que ejercía sobre Diego de Velazquez, le habia recomendado para el cargo que desempeñaba.

El habia sido su constante defensor, y existía un motivo para que continuase defendiéndole, porque Hernan Cortés habia ofrecido partir con él los triunfos de la expedición que iba á llevar á cabo.

Desde que salió del puerto de la Habana, no habia vuelto á tener noticias suyas.

Andrés del Duero desconfiaba.

Movido por este Aguijon, quiso embarcarse para saber si Hernan Cortés mantenía la palabra empeñada, ó si se desentendía de su promesa.

En el primer paso podia prestarle grandes servicios.

En el segundo podia coadyugar á la venganza de Diego de Velazquez.

Natural era que ardiese en deseos de conferenciar con Hernan Cortés.

Al verse nombrado como emisario de Pánfilo de Narvaez, su alegría fué inmensa.

Partió inmediatamente sin más escolta que dos hombres.

Antes de que llegara fray Bartolomé de Olmedo, Velazquez de Leon refirió á Hernan Cortés lo inútil de sus tentativas, y el valiente caudillo:

—He apurado los medios de conseguir la paz, exclamó.

Habeis visto que he cedido por mi parte, que he renunciado á mis derechos, que hasta me he rebajado por evitar la efusion de sangre.

No seré yo responsable ante la Providencia de lo que suceda.

Pánfilo de Narvaez lo quiere.

Pero pues que lo quiere cúmplase su deseo.

Poco me importa que sus fuerzas sean superiores á las mías.

La razon está toda de mi parte, y ademas cuento con vos.

Mañana mismo partireis á su encuentro.

Las situaciones difíciles es necesario resolverlas inmediatamente.

Antes hoy que mañana.

¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Las órdenes de partida fueron dadas para el dia siguiente.

Pero hubo contraórden, porque muy de madrugada avisaron unos indios zempoales de los que tenia á su servicio el caudillo, que habian encontrado á tres españoles, y que uno de ellos les habia enviado á decir á Hernan Cortés que Andrés del Duero le pedia licencia para verle.

Esta noticia causó gran satisfaccion al valiente caudillo de los españoles, y se apresuró á salir al encuentro de su antiguo amigo.

CAPITULO LXXV.

El interes.



o olvidaba Hernan Cortés los servicios que le habia prestado Andrés del Duero, y en honor de la verdad, tambien debemos decir que jamas habia pasado por su imaginacion faltar al pacto que con él habia hecho.

Apénas se vieron, se estrecharon cordialmente los antiguos amigos.

—¿Quién habia de decirnos, exclamó Hernan Cortés, que habiamos de hallarnos en estas tierras como adversarios irreconciliables?

—¡Arcanos de la vida! dijo Andrés del Duero. Pero yo supungo que aunque parezca vuestro adversario, no me considerareis como tal.

—Ya habeis visto que os he abierto mis brazos, dijo Hernan Cortés.

—Y yo los míos. Porque cualquiera que sea el resultado de las negociaciones que traigo, no prescindiré nunca del afecto que os profeso.

—Pánfilo de Narvaez, añadió el secretario de Diego de Velazquez despues de una pausa, me envia á vos para que le excuseis por no haber querido escuchar las proposiciones que le enviasteis con Velazquez de Leon.

Y permitid de paso que aproveche esta circunstancia para deciros que habeis ganado la voluntad de ese bizarro jóven.

Salió de Santiago de Cuba con órden de vigilaros y de im-

pedir que ejecutarais actos cantrarios á los intereses de su pariente el gobernador, y sin embargo, habeis ejercido tal influencia sobre él, que no he visto hacer defensa más calurosa que la que ha hecho de vos delante de Pánfilo de Narvaez.

Pero aparte de esto, y yendo á nuestro asunto, debo deciros que Narvaez me envia para pedirnos que me comuniquéis esa proposicion que se negó á oír; y que yo creo que no tendrá otro objeto que el de evitar una guerra desastrosa para todos.

—No os equivocais, mi buen amigo Andrés; la conquista de México ha llegado, gracias á la Providencia, á una situacion tal, que seria lastimoso perderla por satisfacer la mezquina venganza de un hombre indigno del puesto que ocupa.

—Velazquez no es santo de vuestra devocion, dijo Andrés del Duero.

—Me tacharíais de ingrato; pero como yo sé que si me eligió á mí para jefe de la expedicion, fué más bien que por inclinacion propia, por influencia vuestra y de algunos amigos, dejad que os agradezca á vos el favor, y que juzgue á Velazquez tal como es.

Yo no le hubiera desobedecido. Yo hubiera cumplido fielmente las obligaciones que contraje con él, si no me hubiera hostigado sin motivo alguno á ser rebelde, por un momento nada más que por un momento; porque jamas he pensado alzarme con la conquista de este país.

La gloria sí, la gloria de haberle conquistado, ó por lo ménos de haber llegado hasta la capital de México, y de tener en mi poder al emperador invencible, esa sí que la reclamo para mí.

Aunque no me la otorgase, aunque todos los soberanos de la tierra se opusieran á concedérmela, la verdad y la justicia, que son los defensores de las buenas causas, se habrian puesto de mi parte, y la fama habria pregonado este favor que he debido á la Providencia.

Hernan Cortés guardó silencio breves instantes.

Después continuó con efusión:

—¿Creeis, pues, que hay motivo para considerar como un rebelde, como un traidor, como un miserable, al hombre que, como yo, ha conseguido hacer respetar de una nación poderosa el nombre de su monarca Carlos V?

¿Creeis que es conveniente destruir el prestigio que los españoles hemos conquistado, para que Velazquez satisfaga un ruin deseo?

No, y mil veces no.

Yo estoy dispuesto á hacer toda clase de sacrificios por evitar esas desventuras; yo estoy dispuesto á confiar el mando de mis tropas á Pánfilo de Narvaez; yo estoy dispuesto á llevarle hasta México, á presentarle al emperador y hacer que le considere superior á mí: todo porque la paz entre nosotros no se altere; todo por no dar el espectáculo á estas gentes de una lucha entre nosotros; todo para que se vea que ni el medro personal, ni el amor propio, ni el justo deseo de gloria, propio en los hombres que profesan las armas, son en mi ánimo superiores al respeto que me inspira mi patria, á la veneración que me inspira mi rey.

—No esperaba yo ménos de vuestro gran corazón, Hernan Cortés, dijo Andrés del Duero; esas proposiciones os honran, y Pánfilo de Narvaez no las merece.

La suerte, que es ciega, le ha colocado enfrente de vos, y vos, sacrificándoos, quereis encumbrarle más aún.

Repito que esto os honra.

Pero yo estoy seguro de que si acepta esa proposición, si os colocais á su lado como su segundo, pronto las tropas os elevarán sobre él y os considerarán como primero, porque los soldados en la guerra, como los pueblos en la paz, saben hacer justicia: aquellos á los que los guían al combate, éstos como á los guardadores de sus intereses.

Esta conversacion tuvo lugar mientras Hernan Cortés y An-

drés del Duero llegaron desde el punto en donde se habian encontrado hasta la casa que les servia de hospedaje en Matalequita.

Allí llamó Hernan Cortés á sus capitanes para que saludaran á Andrés del Duero, y por la tarde le obsequió con una cena, en la que no se habló más que de paz, mostrándose todos dispuestos á olvidar los rencores personales en aras de la patria.

Aquella noche celebraron á solas una nueva conferencia Hernan Cortés y Andrés del Duero.

En ella, después de obsequiar el primero al segundo con algunas de las más preciosas alhajas que poseia, le enteró sinceramente del estado de sus negocios, y renovó la promesa de partir con él sus ganancias.

—Es necesario á toda costa la paz, dijo Andrés del Duero. Narvaez me ha encargado que obtenga de vos una entrevista con él.

Creo que es lo mejor que puede hacerse.

Redactemos las bases de esa entrevista entre los dos generales de los ejércitos que han de luchar, y yo estoy seguro de que el mismo Pánfilo de Narvaez, en cuanto os conozca y os oiga, comprenderá que el mejor partido que puede tomar es aceptar las proposiciones que le haceis.

—No tengo inconveniente en asistir á esa entrevista, dijo Hernan Cortés.

—Pues redactemos las bases desde luego.

—Las dejo á vuestra elección.

—No; convengamos ántes en ellas, y si quereis yo se las pondré como mias.

—Sea en buen hora.

—¿Qué distancia hay de aquí á Zempoala? preguntó Andrés del Duero.

—Habrá unas veinte leguas.

—¿Hay algun punto que parta por mitad la distancia?

—Hay una pequeña aldea que se llama Coquimba.

—Pues bien; Narvaez y vos os reunireis en esa aldea dentro de diez días, llevando cada cual diez testigos de la clase de capitanes y soldados. ¿Os parece bien mi proposición?

—Por mi parte, aceptada.

—Entonces voy á partir hoy mismo para ponerme de acuerdo con él, y os avisaré lo que suceda.

—¿No teneis, añadió Andrés del Duero, algun servidor de toda vuestra confianza que pueda venir conmigo y estar dispuesto á traer os cuantas noticias os dé yo?

—Sí; un indio que me ha tomado gran afecto puede desempeñar esa misión.

—Pues ponedlo á mis órdenes.

—¿Cuándo pensais marchar?

—Mañana mismo al amanecer, si me dais vuestra licencia.

—Asegura á Pánfilo de Narvaez que si se niega á la paz, él será el responsable de las consecuencias de la guerra.

Ya habeis visto y habeis oído á mis capitanes: todos ellos se dejarán matar por mí.

—Descuidad; yo le enteraré de lo que pasa, dijo el antiguo amigo de Hernan Cortés.

Se separaron, y al día siguiente encargó Hernan Cortés á Ilbialbi que acompañara á Andrés del Duero y se pusiera á sus órdenes.

—Allí puedes prestarme grandes servicios, le dijo; observa, y cuando vuelvas refiéreme todo lo que hayas visto, sin olvidarte de nada.

Ilbialbi se alegró de que le confiara aquella misión.

Poco despues de amanecer partió Andrés del Duero, y Hernan Cortés se quedó más tranquilo.

Ya no era solo el prestigio del guerrero el que tenia entre los soldados que militaban á las órdenes de Pánfilo de Narvaez.

El interes iba á trabajar á su favor cerca del hombre llamado á ejecutar la ruin venganza del gobernador de Santiago de Cuba.

CAPITULO LXXVI.

Trabajos de Zapá.



ESPERABA con ansia Pánfilo de Narvaez la llegada de Andrés del Duero.

Durante su ausencia, olvidándose de todas las consideraciones que se debia á sí mismo, y sofocando los instintos generosos que hasta entonces habian constituido parte de los dotes de su alma, estaba resuelto á toda costa á dejarse arrastrar por la pasión y á resolver el problema que dificultaba la realizacion de sus designios de una manera indigna, no ya de un caballero, sino de un sér humano.

Andrés del Duero necesitaba aparecer á sus ojos muy adicto á su persona para conocer á fondo sus secretos y para prevenir cualquiera tentativa que perjudicase á Hernan Cortés.

Apénas llegó á Zempoala, se presentó en la morada de Narvaez.

—No os esperaba tan pronto, dijo éste.

—Yo soy muy diligente y como conozco que en una y otra parte hay ansiedad, creo oportuno resolver cuanto ántes las dudas de que nos hallamos poseidos.

—¿Habeis visto á Hernan Cortés?

—He pasado algunas horas en su compañía, siendo obsequiado por él y por sus capitanes. Bien es verdad que en esto no ha hecho más que corresponder al comportamiento que habeis tenido con sus enviados.